Paris 20/10/67

Querido Pellecer: "Útiles después de muertos". Lo recibí. Le leí. No había terminado de leerlo cuando cayó un amigo, que tomándolo en la mano hizo algún comentario. Le interesó. Se lo llevó para leer. No me lo ha devuelto. Y ya no me lo devolverá porque ha muerto y no voy a perturbar a su viuda con esta jaculatoria. Me impresionó. Marcos Rodríguez gana en él la batalla ante la opinión pública, como el Cid, después de muerto.

Días pasados, al morir el Ché Guevara, en lucha contra todos los imperialismos, sin excluir los de Moscú y Pekín, separado de Castro porque todo gobernante es conservador y Guevara necesitaba ser revolucionario, le recordé a usted, recordé a Marcos Rodríguez.

Hoy, el Premio Nobel otorgado a Miguel Angel Asturias me sujeta a la máquina para ponerle unas líneas. Necesito escribirle, hablar con usted, pedirle perdón por mi silencio durante tantos meses. Con Asturias he recordado también a Muñoz Meany, que aquí murió envuelto en el pabellón guatemalteco.

Sabe usted mucho de Cuba. Sin saber mucho no puede escribirse su libro. Y ha aprovechado bien sus conocimientos personales de los países centroeuropeos. ¿Se acuerda usted cuando me advirtió que el representante que teníamos en Praga iba a ser declarado no grato? Y así fué en efecto días después.

Qué relaciones tiene usted con Asturias? Aquí, el que le hayan otorgado el Premio Nobel pasando por encima de Malraux ha producido cierta impresión.

La muerte de Guevara pone en carne viva el problema de la situación social por la que atraviesan los países ibero-americanos, comidos por la guerrilla, desde Colombia hasta Bolivia, o atenazados por movimientos pretorianos como en Brasil y Argentina. México al Norte, con su peculiaridad, y Chile, al Sur, con la experiencia Frey, son las dos únicas luminarias. Venezuela se arregla, pero con dificultad, con mucha más dificultad que lo que podía preverse en un país de su enorme potencialidad económica, dirigido por hombres de limpieza moral ideológica, aunque graviten sobre una sociedad de una laxitud que con facilidad hace degenerar las relaciones humanas en frivolidad o peculado, pasando de un indiferentismo claudicante a una violencia brutal.

Hasta cuándo, el mundo civilizado va a consentir que subsistan las dictaduras? Hasta dónde van a poder pulular los tiranos de toda laya? El Continente sudamericano está hirviendo en revolución en la revolución, violencia en la violencia; es la cita de los desesperados en la desesperación: la locura colectiva. ¿Qué caras pagan los pueblos las dictaduras que consienten!

Bueno: con Asturias, Guatemala se ha puesto de moda en París.

Cordialmente